

división en capítulos, atendiendo a dos directrices: La esperada división temporal con la que estructurar cronológicamente su investigación y la transversalidad en cada una de ellas de factores culturales determinantes para la comprensión de la realidad histórica española. Los límites temporales se ajustan y adaptan a las temáticas que vehiculan cada uno de los capítulos, extendiéndose cuando es necesario a décadas, como es el caso del apartado dedicado a las *vías excéntricas* de la filmografía nacional (1925-1980) o ciñéndose a unos cuantos años históricamente marcados por situaciones sociales determinadas, como podemos observar en la reconstrucción ideológica de *En torno a la España negra* (1931-1940).

Se trata, por lo tanto, de una interpretación personal del autor, a través de la cual extraer los aspectos más significativos que conlleva la intrincada relación de España con su cultura, caracterizada principalmente por las contradicciones, pero aquejada también no solo de oportunidades perdidas, sino también de logros que es necesario reseñar. Como película paradigmática que podría englobar en sí misma las tensiones inmovilistas y evolutivas representativas de España, Benet escoge *Viridiana*, valorando no solo la maestría de su narrativa, sino también aquellas circunstancias personales, profesionales, sociales, culturales e históricas que le dieron sentido y forma final.

Alrededor de la misma orbitan títulos que nos llevan desde la llegada del cine a España hasta 2010. A principios de siglo, destaca películas que están en sintonía con las vanguardias internacionales, y se muestran igual de avanzadas y que son significativas porque condensan en una sola narración, las características más avezadas de su generación, como *Aldea Maldita* (1930, considerada como la obra maestra del cine mudo de nuestro país) o *Morena clara* (1936, nacimiento de la *españolada* condensación de lo popular). Del cine de propaganda durante la Guerra Civil, el autor destaca la aportación de cineastas extranjeros que adaptan las tendencias vanguardistas de la época al contexto español, tanto el bando nacional como en el republicano. El cine español de los años 40 se verá representado no solo en su vertiente propagandística, sino también a través de la comedia, que en estos años será la protagonista, imitando (en su justa medida) el género facturado en Hollywood. Del cine de la década de los 50, que trajo consigo la tan esperada renovación formal, destaca la obra

de Bardem y Berlanga, entre otros, que se centró en la elaboración de guiones repletos de ironía que intentaban sortear la censura y que, además comenzará a apreciarse en el extranjero. En los años 60, Benet nos hará comprender las tribulaciones del cine del desarrollismo, la llamada tercera vía del cine español y las tensiones sociales (que cada vez serán más palpables) vividas con la llegada de la cultura del consumismo y la apertura turística del país con títulos como, *Pero en qué país vivimos* (1967). Los años 70, en los que se vivirán los momentos convulsos de la Transición política española, arrojarán películas, también documentales, como *El desencanto* o *Canciones para después de una guerra* y *La escopeta nacional*. La llegada de la democracia y el asentamiento de la modernidad con un cine encabezado por Almodóvar en su vertiente más provocadora a principios de los ochenta, nos devuelve en las siguientes décadas, la renovación de géneros populares junto al intento de renovación y vanguardismo, que lidiarán a su vez con la apertura hacia otros géneros y formatos que supondrán una tendencia revisionista en ocasiones. De estos años, destaca el autor películas como *Pepi, Luci y Bom y otras chicas del montón* (1980), *Ópera Prima* (1980) e incluso programas de televisión como *La edad de oro* de TVE (1983-1985), *Huevos de oro* (1993), *Vacas* (1992), *Libertarias* (1993), la serie *Cuéntame cómo pasó* (2001-actualidad), *El laberinto del fauno* (2006) y *Balada triste de trompeta* (2010).

En suma, Benet se centra en aquellos títulos que han sido pioneros en su momento histórico y precursores de ciertas tendencias que (aunque tal vez se hayan visto abandonadas más adelante) han conformado, en su conjunto, la idiosincrasia del actual cine español. La labor educativa y divulgativa del autor logra, por lo tanto, una reflexión más que necesaria en el lector en su propósito de reivindicación de un pasado común y de la necesidad de reconocernos en nuestra identidad cultural nacional sin complejos.

Cummings, Bruce, *The Korean War. A History*. New York, Modern Library, 2010, 288 pp.

Por Víctor Peña González  
(Universidad de Cádiz)

La Guerra de Corea se ha convertido en una suerte de episodio romántico, casi desconocido

para el gran público y por el que pasan de puntillas los grandes relatos de la Guerra Fría; se trataría, en esta línea, de un accidente, un encontronazo de la Historia irrelevante para el desarrollo de la gran trama. A esta infravaloración se enfrenta *The Korean War. A History*, remarcando los aspectos de guerra desconocida, olvidada y malentendida. Bruce Cumings ofrece, en menos de trescientas páginas, una profunda revisión del consenso historiográfico sobre un acontecimiento trascendental para el devenir de los acontecimientos en la segunda mitad del siglo pasado. Es un libro sintético, con una fluidez literaria elegante, plagado de datos gracias a un imponente aparato crítico y documental; la crítica se halla presente a lo largo de todo el volumen, que incluye además un elocuente e ilustrativo material gráfico.

La obra se halla dividida en nueve capítulos divididos entre la historia propiamente dicha del conflicto y la memoria del mismo. En el primer capítulo se desarrolla el conflicto estricto, entre 1950 y 1953, fundamentalmente los primeros seis meses de guerra de movimientos: la invasión norcoreana, la respuesta estadounidense (ayudada o cubierta bajo los contingentes de la ONU) y la “saturación de chinos” de la que hablaban los militares norteamericanos. Cabe destacar el rescate de la experiencia sufrida por las mujeres coreanas, decenas de miles de ellas dedicadas al entretenimiento y relajación de las tropas, las llamadas “mujeres de confort”.

Los siguientes tres capítulos se hallan relacionados. Los dos primeros ocupan la cuestión de la memoria, enfatizando las escasas referencias públicas de la memoria coreana del conflicto, relegada al ámbito personal (algunas víctimas de la guerra incluso contactaron con el autor para ponerle en conocimiento de detalles de tal o cual episodio concreto); el cine y la literatura forman parte de esta imagen proyectada por la memoria occidental sobre la guerra. En este último ámbito Cumings se detiene en el único caso memorístico no occidental: una novela de una autora china. El autor pone de manifiesto que el papel coreano está completamente ausente del relato occidental. Ofrece un intento de descolonizar el pensamiento etnocentrista que en Estados Unidos se tiene sobre Corea en general, y Corea del Norte en particular, aceptando sus particularidades (combinación de monarquía, nacionalismo poscolonial y cultura política coreana) sin convertirlo en una caricatura.

En palabras del autor, “Corea es el lugar donde la Guerra Fría llegó primero, donde nunca acabó y nunca se fue”. El cuarto capítulo aborda el origen de este olvido: la cultura de represión que promovió la ocultación de determinados acontecimientos incómodos y, en general, de cualquier relato que pudiera contraponerse a los Estados Unidos como agente exportador de la libertad y la paz frente al comunismo sanguinario y amenazante al estilo de vida occidental; McCarthy y el macartismo forma un espacio central en esta parte.

Mientras que el quinto capítulo del libro establece los antecedentes bélicos, desde la ocupación japonesa de 1932, el surgimiento de guerrillas de resistencia anticoloniales, la vinculación del patriotismo coreano a estas últimas, etc.; el sexto capítulo habla de la guerra aérea, donde Estados Unidos es el único protagonista. Cumings se muestra especialmente crítico en este caso, recuperando la terminología de posguerra para tratar los bombardeos norteamericanos como un genocidio; el máximo exponente de esta tesis es la matanza de Nogun-ri, al que Cumings se refiere como el My Lai coreano. La Guerra de Corea fue una extensión del desarrollo de bombardeos aéreos de la Segunda Guerra Mundial y, en ese sentido, supuso junto a la impopularidad un precedente de la guerra de Vietnam. El colmo de esta extensión fue la intención de MacArthur de emplear bombas atómicas, posibilidad desechada para evitar la escalada de la guerra con China, aunque se realizaron ensayos sin bombas en operaciones tácticas durante los combates.

El siguiente capítulo aborda el papel de la memoria en relación con estos dos últimos bloques. La memoria se encargó de rescatar la masacre de Taejon (julio de 1950), donde se manifestó la complicidad de los mandos estadounidenses, mientras episodios similares llevados a cabo por los norcoreanos habían sido aireados y publicados con presteza. Los documentos del Comando Supremo de Fuerzas Aliadas revelan que los líderes norcoreanos trataron de parar las matanzas, mientras que los militares surcoreanos que perpetraban las peores atrocidades (como el “Tigre Kim”) eran recompensados por Rhee. Cumings no se detiene solo en las cuestiones más espinosas del sur y también recorre las atrocidades perpetradas por los norcoreanos en este mismo sentido, sin que los desiguales resultados sirvan de consuelo. Conviene señalar que se establece un paralelismo entre la Guerra de Corea (incluyendo el período desde 1945) y la Guerra

Civil española, por la violencia “fratricida”, por el olvido de la memoria colectiva bajo una dictadura, así como por haberse tratado de un “ensayo” para un teatro de operaciones mayor (en este caso, Vietnam).

Por último, el capítulo ocho trata de la construcción del “imperio mundial” estadounidense, sus transformaciones para con Asia Oriental desde la presidencia de Theodore Roosevelt, el escaso desarrollo de la administración civil y la consecuente apuesta militar para mantener la hegemonía mundial, la importancia de la experiencia coreana en cuanto a estrategia militar en la Guerra Fría, donde predominaría la política de contención propuesta por Kennan frente al *roll back* de Acheson. La política norteamericana hacia Corea desde 1905 había sido respetar la ocupación japonesa como medio de modernización del país; desde Pearl Harbor esta línea cambió drásticamente para asegurar el dominio del Pacífico, impidiendo que Corea cayese en las manos equivocadas. Durante el mandato de Roosevelt se defendió un régimen de fideicomiso cuatripartito (USA, Reino Unido, URSS y China nacionalista), dejando fuera a Japón; sin embargo, este destino para Corea volvió a cambiar con la llegada de Truman.

El último capítulo recoge las conclusiones del autor y recapitula, en general, el papel de la memoria. La Guerra de Corea fue el momento en que Estados Unidos se convirtió en el “policía mundial”, extendiendo sus bases militares por la periferia soviética y aumentando exponencialmente el gasto militar para tal efecto. La Guerra de Corea dotó de una dimensión mundial a la postura norteamericana en la Guerra Fría. Asimismo, para el autor las lecciones extraídas del conflicto fueron determinantes a la hora de encarar el resto de conflictos en el siglo XX, primando la contención sobre la invasión. La Guerra de Corea también hizo arrancar el plan de recuperación de las economías industrializadas (Japón y Alemania) y estimuló enormemente la economía estadounidense.

El inicio de la guerra sigue permaneciendo como una incógnita; no se sabe quién inició las hostilidades (en parte porque la mayoría de los archivos nacionales aún no han abierto la documentación), aunque se reconoce que en el Norte había un plan organizado para la invasión del Sur, si bien este no estaba dictado bajo los intereses ninguna otra potencia. Por su parte el Sur había llenado el panorama de amenazas públicas hacia el

Norte. Los americanos trataron de evitar el conflicto con el Norte no proveyendo de armamento pesado al Sur, así como evitando que provocaran hostilidades en el paralelo 38; objetivo que no consiguieron porque de mayo a diciembre de 1949 todas las hostilidades las iniciaron los surcoreanos. Esta prudencia de USA se debía al miedo a desencadenar la III Guerra Mundial. Cumings desvela que la invasión norcoreana fue ideada por Kim Il-sung por miedo a la recuperación japonesa como parte de la política exterior norteamericana en la región.

Para recapitular, el autor entiende que el conflicto es, primero de todo, una guerra civil atravesada por la dinámica de la guerra fría, lo que dejaría fuera de juego la tesis sobre la invasión norcoreana de Corea. La división de Corea en torno al paralelo 38 y la ocupación norteamericana del sur corresponde a un plan premeditado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos en los instantes de la rendición japonesa en 1945. Esta postura defendida por Cumings se corresponde con los documentos internos desclasificados donde los estadounidenses se sorprenden de que los soviéticos no hubiesen ocupado toda la península coreana y se detuvieran en el paralelo 38. El anticomunismo desarrollado en el Sur marcaría, en opinión del autor, la política de contención norteamericana en el Tercer Mundo durante la Guerra Fría. Estamos hablando, en definitiva, de un libro que debe marcar un antes y un después a la hora de entender y recomponer la gramática de la Guerra de Corea y de su inserción en el período de la Guerra Fría.

**Flores Sánchez, Manuel, *Lucha Santa: Experiencia religiosa de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla*. Madrid, PPC, 2011, 269 pp.**

Por Francisco Javier Torres Barranco  
(Universidad de Cádiz)

Esta obra analiza el equipo sacerdotal de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla y es resultado de la tesis doctoral que su autor Manuel Flores Sánchez hizo años antes bajo el nombre: *Las profesiones del ángel caído. Fe y praxis de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla (1969-1989)*, donde describió, desde el campo de la antropología, el trabajo manual del equipo de estos sacerdotes como